



tad de poder ordenar las cosas á su albedrío; cosa que los hombres, mayormente los reyes, más precian y estiman querer bien y hacer merced á los que tienen por más leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenían, y en todo lo al se sujetasen; en lo que le suplicaban tocante á la reina doña Blanca que haría lo que ellos pedían, si no era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores.

Los grandes, habido su consejo sobre lo que el rey les propuso, cometieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. Él, habida licencia, dijo: «Suplicamos á vuestra alteza, poderoso señor, que nos perdoneis el venir fuera de nuestra costumbre armados á vuestra presencia; no nos atreveríamos si no fuera con vuestra licencia, y no la pediríamos si no nos compeliere el justo miedo que tenemos de las asechanzas; y zalagardas de muchos que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia ni lealtad que esté segura. Por lo demás, todos somos vuestros; de nos, como de criados y vasallos, podeis, señor, hacer lo que fuere el vuestro servicio y merced. La suerte de los reyes es de tal condición que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta, y que el pueblo no la juzgue y sepa. Dícese, y nos pesa mucho dello, que la reina doña Blanca nuestra señora, á quien en vuestra presencia recibistes por legítima mujer, y como á tal le besamos la mano, se teme mucho de doña María de Padilla que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma que haya quien con lisonjas os traiga engañado. Esto no puede dejar de dar mucha pena á los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo, tenemos esperanza que se pondrá presto remedio en ello, mayormente cuando con más edad y más libre de afición echeis de ver y conozcais la verdad que decimos, y el engaño de hasta aquí. Cuanto es más dificultoso hacer buenos á los otros que á sí mismo, tanto es cosa más digna de ser alabada el procurar con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio, ni dar lugar á que priven ni tengan mano sino los que fueren más virtuosos y apro-

»bados. Muchos príncipes famosos vieron des-
»lustrado su nombre con la mala opinion de
»su casa. ¿Qué mujer hay en el reino más no-
»ble ni más santa que la reina? ¿Cuán sin va-
»nidades ni excesos en el trato de su persona?
»¿Qué costumbres? ¿Cuán suave y agradable
»condicion la suya? Pues en apostura y her-
»mosura, ¿cuál hay que se le pueda igualar?
»Cuando tal señora fuera extraña, cuando nos-
»otros calláramos, era justo que vos la conso-
»láredes y enjugáredes sus continuas y doloro-
»sas lágrimas, y procurar (si fuese necesario)
»con vuestras gentes y armas restituilla en su
»antigua dignidad, honra y estado. Mirad, se-
»ñor, no os dejéis engañar de algunos desor-
»denados gustos, no cieguen de manera el en-
»tendimiento que se caiga en algun yerro por
»donde todos seamos forzados á llorar y quede-
»mos perpétuamente afrentados.»

Esto fué lo que estos caballeros dijeron al rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podían estar juntos; acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas, y se despidieron. En la ejecucion puso tanta dilacion el rey que se entendió nunca haría cosa buena, en especial que, dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro para do tenía su amiga. La reina su madre, que de dias atras del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desorden los hizo ir á Toro, do ella estaba, y les entregó la ciudad. Atemorizaron al rey estas nuevas; recelábase no se levantara todo el reino contra él. Por venir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hínestrosa y Samuel Leví, un judío á quien quería mucho y era su tesorero mayor. Recibióle la reina su madre con muestras grandes de amor; él le dijo que venía á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venían, y puestos en prision mudaron los principales oficios de la casa real. Á D. Fadrique hicieron camarero mayor, canceller mayor al infante D. Fernando de Aragon, á D. Juan de la Cerda alférez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con



doña Juana, hermana del rey y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fué válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos.

Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendía que estuviese á manera de preso, sin dalle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda llevaron á enterrar el cuerpo de D. Juan Alonso de Albuquerque al monasterio de la Espina, que es de la orden del Cistel en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural rey y señor, si el bien comun del reino y estar él tan mal quisto y difamado no los excusara. Permitíanle que saliese á caza: con esta ocasion y con grandes promesas que hizo á algunos de los grandes y los granjeó, se huyó á Segovia, en su compañía Samuel Leví, que debajo de fianza andaba ya suelto, y D. Tello, á quien el rey mostraba amor y aquel dia le tocaba la guarda de su persona; amistad que duró pocos dias.

De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon y su madre la reina doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toledo detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el rey; D. Fadrique á Talavera, donde dejara sus gentes, D. Fernando de Castro se volvió á Galicia con su mujer, que llevó en su compañía, D. Tello á Vizcaya; D. Enrique y la reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año. En el principio del siguiente, que se contó mil y trescientos y cincuenta y cinco, se hicieron córtes en Búrgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El rey se quejó al reino del atrevimiento é insolencia de los grandes; pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona; tenían eso mismo ofendido y agraviado á todo el reino, que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos;

concedióle el reino un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla el rey de Navarra mató en Francia al condestable D. Juan de la Cerda, hijo menor del infante D. Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz: sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personaje que era muy valeroso y su condestable, y á quien él quería mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fué que el rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decia tener derecho. Pretendía otrosí del rey de Francia los condados de Campaña y de Bria: alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el rey dárselos; por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos, que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Águila en Normandía, en que se hallaba el condestable descuidado en su lecho: allí le mataron en ocho dias del mes de Enero. Frossarte, historiador frances, concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta.

Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público, ni se dejó hablar por espacio de cuatro dias. Hízose pesquisa, y fué citado el rey de Navarra: pidió en rehenes para su seguridad á Luis, hijo del rey; pareció demasia lo que pedía, pero en fin vinieron á ello: con tanto fué á París á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendía el condestable matar: no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el rey prender, y por ruegos é importunaciones de su mujer y de su hermana viuda le perdonó, si bien se entendía por su condicion feroz no permaneceria en la fe y lealtad mucho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los ingleses: contradijolo el navarro; injuria que sintió grandemente aquel rey como era razon, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo.

Dijose arriba cómo D. Pedro, infante de



Portugal, tenía de muchos días atrás amistad y trato con doña Ines de Castro: con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la majestad real: para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es á saber, D. Alonso, que murió niño, D. Juan y D. Dionis y doña Beatriz. Luis, rey de Sicilia, falleció por el mes de Julio en la ciudad de Catania: sucedióle su hermano D. Fadrique, Simple de nombre, y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos, fué trabajado de tempestades, guerras extranjeras y civiles: camino que se abrió al rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dejemos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

Despedidas las córtes de Búrgos, el rey se fué á Medina del Campo. Allí por su mandado fueron muertos dos caballeros de los más principales, el uno Pero Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosí prender algunos otros. Á Juan Fernandez de Hinesrosa soltaron los de Toro, debajo de pleitesía de volver á la prision, si no aplacase y desenojase al rey, mas no cumplió su promesa. D. Enrique y D. Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo, para prevenir los intentos del rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de San Martin, mas como les resistiesen la entrada algunos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes de que casi toda alrededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hizose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenían en el Alcana: fueron más de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuración de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal.

Avisado el rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande prisa ántes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de

suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza: cosa que les valió no ménos que las vidas. El rey vengó su enojo en los ciudadanos; mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veintidos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años: un hijo que tenía de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El rey, en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecia muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el truco y fué muerto: horrendo espectáculo para el pueblo, y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores; el caso es muy cierto. Hizo otrosí el rey prender al obispo de Sigüenza, D. Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista: la causa, que favorecia á sus ciudadanos y á la reina doña Blanca, que envió el rey presa á la fortaleza de Sigüenza.

Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demas ciudades. Los de Cuenca por estar más conformes entre sí cerraron las puertas al rey; no se atrevió á usar de violencia, por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entónces en ella D. Sancho, hermano del rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos días despues Alvar Garcia de Albornoz, hermano del cardenal D. Gil de Albornoz, que le tenía en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la reina madre, D. Enrique y don Fadrique, D. Per Estévez Carpintero, que se llamaba maestro de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco, que fué largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija, que fué la tercera, y se llamó doña Isabel. D. Juan de Padilla, su hermano, maestro de Santiago, fué muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancon y Uclés; causóle la muerte la honra y estado en que el rey le puso; vencieronle D. Gonzalo Mejía, comendador mayor de Castilla, y Gomez Carrillo, que favorecian y tenían la parte de D. Fadrique. El rey con la edad hecho más prudente no quiso que se proveyese el maes-



trazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese á su servicio.

El papa Inocencio por estos días envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prision al obispo D. Pedro Gomez Barroso. D. Enrique de Toro se huyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria; aunque era mozo tenía sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. D. Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fué al rey. Finalmenté, en cinco de Enero del año mil trescientos cincuenta y seis un cierto ciudadano dió al rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad hizo matar á D. Per Estévez Carpintero y Ruy Gonzalez de Castañeda, y otros caballeros principales; matáronlos, en presencia de la reina madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo á su hijo el rey, y desde á pocos días con su licencia se fué á Portugal, donde no miró más por la honestidad que ántes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos; como tratase amores con D. Martin Tello, caballero portugues, fué muerta con hierbas por mandado del rey de Portugal su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey D. Alonso IV, ca por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de mil y trescientos sesenta y uno; otros más acertados dicen que el dicho rey murió el año de cincuenta y siete.

El rey de Castilla se fué á Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabára. El lugar y el día más prometian placer y contento que miedo; no obstante esto, el rey otro día de mañana hizo matar á dos escuderos de la guarda de D. Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con

él; mas esta vez no pusieron en él las manos.

Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas; cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor que pocos días ántes se acabára de labrar por mandado del rey D. Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederian en España; pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo ménos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios.

Tomada la ciudad de Toro, el conde D. Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano D. Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenían la voz del rey. Desde allí D. Enrique se fué en un navío á la Rochela, ciudad de Xantoinne en Francia, para estar á la mira, y esperar en qué pararian los humores que removidos andaban. Á esta sazón el rey de Navarra, en un convite á que le convidó en Ruan Carlos el Delfín y duque de Normandía, fué preso por el rey de Francia, que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacian: el principal era de traición, porque favorecia á los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vías y títulos sujeto á la corona de Francia. Desta manera se veian en aquel reino divididas las aficiones de los españoles que en él residian; don Enrique tiraba gajes del rey de Francia, don Philipe, hermano del rey de Navarra, llamaba los ingleses á Normandía, y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox, enojado por la injuria y agravio hecho al rey su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temian muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.